

Diógenes

Noticiario

LA CIUDAD DE CONCEPCIÓN Y SU UNIVERSIDAD.

Al leer este bello discurso de Félix Armando Núñez, parecemos estar viendo su gesto nervioso, su apasionada vehemencia que no es otra cosa en él, que el producto de una emoción cálida, de un intenso fervor por las cosas de la vida, cuando ellas están iluminadas por esa luz permanente, que como un signo de nobleza impulsa a los hombres por el camino de la abnegación y el sacrificio.

Y Núñez, que es un hombre de fina sensibilidad, de exquisito temperamento de artista, ha sentido a su alrededor, el aire aun tibio por el entusiasmo y la ilusión de aquellos hombres que soñaron con crear la Universidad de Concepción, sin tener más elementos que su buena intención. Pero esa aspiración, fué el motor que puso en movimiento a muchos espíritus inertes o, anticipadamente desencantados, del éxito en las empresas en que no está de por medio el interés material.

Sin embargo esa idea triunfó. Y al crear la Universidad, ese grupo de hombres creó también una nueva fuerza viva en la ciudad de Concepción, que por ese tiempo comenzaba a languidecer. Y ahora Concepción, por medio de ese establecimiento es conocida en toda la América y en Europa. Digamos mejor en todo el mundo civilizado, a donde llegan sus publicaciones. Y la ciudad ha recibido un impulso material que la ha

rejuvenecido, tonificando su comercio y dándole un rumbo de ciudad destinada a un alto destino como foco de cultura y florecimiento industrial.

Félix Armando Núñez, ha contado rápidamente, en este discurso, publicado en una tirada aparte de «Atenea», todo lo que esto significó como ejemplo de fe, de entusiasmo, de amor a un ideal que sólo se puede alcanzar cuando él está animado por la sinceridad de un grande y poderoso anhelo. Es un prodigio de mesura, de elegancia y de noble pureza idiomática la que alcanza el autor de este discurso estremecido de emoción y de viva y relampagueante elocuencia.

El triunfo de un ideal tan grande no merecía menos.

DOS RAZAS A TRAVÉS DE SUS REFRANES.

He aquí un libro en el cual se demuestra una paciencia realmente admirable, para reunir una cantidad tan enorme de refranes árabes, dándoles su equivalente en español, en la mayoría de los casos con singular acierto y habilidad. Porque, además del trabajo de traducción, se ha necesitado paciencia para leer, releer, y buscar en muchos otros refraneros, las conexiones en que asome el espíritu de la raza, la sal y la pimienta, el frío y el fuego, de la psicología y de las costumbres autóctonas de un pueblo.

Este libro en el cual Benedicto Chuaqui demuestra ser un benedictino, en las empresas que emprende, tiene un mérito que conviene destacar. La totalidad de los refranes árabes, han sido vertidos directamente de ese idioma por el autor, que ha trabajado con inusitado entusiasmo en esta labor. Y ha conseguido su propósito, pues en la mayor parte de estos refranes asoma un destello, en el cual es posible identificar a una raza, con sus rasgos más esenciales, con sus características más notables.

Son dos caminos que seguimos paralelamente a través de